

eclesiásticos con el testimonio de los paganos: se objetaba con Epicuro y el grave Séneca.

Respecto de Séneca, los catedráticos cometían un error involuntario. Creían hablar del filósofo Lucio Anneo Séneca, preceptor de Neron, y le atribuían aquel pasaje de las *Suasoriae* acerca de esta pregunta: «¿se embarcará Alejandro en el Océano, estando la India en el extremo del mundo allende el cual comienza la noche eterna (1)?» Pues bien, nunca el filósofo Séneca trató en manera alguna semejante cuestión; sino que fué su padre, el retórico Mucio Anneo Séneca, que vivía en tiempo de Augusto, quien la propuso efectivamente en sus *Suasoriae*. Pero, ¿qué eran las *Suasoriae*? Entretenimientos de retórica, asuntos de amplificación que daban lugar á discusiones ficticias, meros simulacros de elocuencia. Y se pretendía refutar la teoría de Colón con un capricho de imaginación, con un tema de composición oratoria!...

La discusión era demasiado extensa y tocaba demasiadas cuestiones incidentales para ser terminada con prontitud. Después de cada relato de Colón, había reunión secreta de la Junta, á fin de comprobar la fuerza de los argumentos, las autoridades alegadas, y preparar respuestas ú objeciones para la sesión siguiente. Estas conferencias continuaron bastante tiempo, durante el cual Colón permaneció en clase de huésped en el convento de San Estéban. Los Dominicos proveyeron á todas sus necesidades, le favorecieron generosamente y hasta le pagaron los gastos de su viaje (2). Todavía hoy se honra su comunidad de esta hospitalidad tan dignamente ejercida para con el Mensajero de la Providencia entónces desconocido (3).

Comprendiendo muy bien Colón que en esa Junta, en la que el número de teólogos era superior en mucho al de los marinos y cosmógrafos, no bastarían para sus jueces las inducciones meramente científicas, se decidió, no obstante el peligro de hacerse sospechoso de herejía, á discutir los mismos textos de la Escritura y la opinión de los comentadores.

El ardor de su apostolado pareció transfigurarse entónces en el concepto de su auditorio. La majestad de su persona, el brillo de su mirada, la inspiración de su frente, la sonoridad de su voz daban á la autoridad de su palabra una persuasión que no podía resistir ninguna alma grande. La poesía y majestad de los libros

(1) Voss, *Kleine Schriften*, tom. II, pág. 241.

(2) «Todo el tiempo que se detenía Colón en Salamanca, el convento de San Estéban le dava aposento y comida, y le hacía el gasto de sus jornadas.»—Fray Antonio de Remesal, *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, lib. II, cap. VII.

(3) «Los Dominicanos ponen entre sus glorias el haber hospedado en San Estéban el Descubridor de las Indias.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, tomo I, lib. II, cap. XXVI.

santos electrizaban su corazón; la energía de su lenguaje se ennoblecía por la grandeza de la materia; é interpretaba contra sus adversarios, desenvolviéndolos magníficamente, aquellos mismos sagrados textos con los cuales habían creído ellos condenar su teoría.

Háse conservado el recuerdo de su noble actitud delante de la Junta. Varios de los asistentes se sintieron convencidos: entre ellos, el primer profesor de Teología de San Estéban, el dominico Diego de Deza, tomó su defensa y ganó para su causa á los primeros catedráticos de la Universidad.

Colón tenía pues á su favor la calidad ya que no la cantidad de los votos; pero, los hombres meticulosos, los escolásticos pertinaces condenaban la presunción de un marino que disputaba contra la opinión de San Agustín y de Nicolás de Lyra. Hasta se difundía un vago rumor que se hacía peligroso en un país donde la Inquisición, establecida poco ántes, desplegaba la actividad que le facilitaban sus poderosos medios. Afortunadamente el Nuncio, monseñor Scandiano, no ignoraba nada de cuanto ocurría. También se hallaba presente el antiguo Nuncio de la Santa Sede. Presintiendo el peligro su joven hermano Alejandro Geraldini, obtuvo desde luego una audiencia del gran cardenal de España. Pocas palabras bastaron para demostrarle que la opinión de Nicolás de Lyra, por muy excelente comentador que fuera, y del mismo San Agustín, tan eminente en filosofía y en santidad, no podían formar autoridad en materia de cosmografía y navegación, ciencias ajenas á sus estudios (1). La opinión del Nuncio apostólico, del gran cardenal, del ex-nuncio Antonio Geraldini, de su hermano Alejandro, y las vivas simpatías del primer catedrático de Teología de San Estéban, Diego de Deza, apoyado por algunas notabilidades de Salamanca, detuvieron el efecto de aquellas pérfidas insinuaciones, que ya habían causado inquietudes al Santo Oficio.

La corte no esperó el término de las conferencias, y salió de Salamanca el 26 de enero de 1487, para ir á Andalucía (2).

La Junta se disolvió ántes de la primavera, sin haber resuelto nada. Condenaba por unanimidad el proyecto, ya por quimérico, ya por impracticable. Con todo, no se redactó entónces, ni se envió á la corte el expediente de sus operaciones. La campaña abierta contra Málaga hizo que se perdiese de vista por un instante el proyecto de Colón. Fernando de Talavera no pudo ocuparse de este. De una parte,

(1) «Ego qui forte juvenis retro eram, Didacum Mendozam, sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalem hominem genere, integritate, prudentia, rerum notitia, et omnibus preclaræ naturæ ornamentis illustrem petii. Cui cum referrem Nicolaum a Lyra, virum sacræ theologiæ exponendæ egregium fuisse, et Aurelium Agustinum doctrina et sanctitate magnum, tamen cosmographia caruisse, etc.»—*Itinerarium ad regiones sub æquinoctiali plaga constitutas*. Alexandri Geraldini Amerini, episcopi civitatis S. Dominici, etc., lib. XIV.

(2) *Cronicon de Valladolid, ilustrado con notas por D. Sainz de Baranda*.—Colección de documentos inéditos para la historia de España, tomo XIII.

ningun interes se tomaba por él, porque no creía en la posibilidad de la empresa; de otra parte, obligado, á pesar de su reciente promocion al obispado de Ávila, á ir en compañía de la corte en calidad de confesor de la reina, le hubiera sido muy difícil seguir aquel asunto, por hallarse dispersos todos los miembros de la Junta.

Sin embargo, á pesar de la esterilidad del éxito, habian las conferencias de Salamanca evidenciado la erudicion, saber y miras gigantescas de Cristóbal Colon. Su proyecto era de todos conocido, y su nombre se habia conquistado cierta popularidad. Á contar de aquel día, la corte comenzó á tratar con cierta consideracion á ese extranjero (1). Sin resolver nada, sin comprometerse con él, era fácil interrogarle á ratos perdidos, y hablarle de su plan. Á la par que rehusaba el rey arriesgar un solo ducado, acariciaba como un sueño dorado la idea de tierras desconocidas en la extremidad de las Indias, país de las especias, pedrerías y diamantes.

Parece que Colon fué llamado á la corte varias veces.

Cada vez se le abonaba una indemnizacion para su viaje. Existe la prueba de esto en las cuentas del tesorero real Francisco González de Sevilla. Con fecha del 5 de mayo de 1487, se lee en ellas: «pagado á Cristóbal Colon, *extranjero*, tres mil maravedis por cosas cumplideras al servicio de Sus Altezas (2).» El mismo tesorero le abonó igual cantidad el día 3 de julio siguiente. Las empresas militares que distraian la atencion de los Reyes hicieron aplazar, pero no desechar la proposicion de Colon, segun lo acreditan ciertas fechas. La rendicion de Málaga ocurrió el 18 del mes de agosto de 1487; y apenas habian trascurrido nueve días, cuando Colon cobraba ya del tesoro real una cantidad de «cuatro mil maravedis, para ir á la corte, por orden de Sus Altezas (3).» Proseguianse con él las conferencias acerca de la expedicion en el Océano por el oeste; pero acontecimientos de guerra, la urgencia inmediata hacian siempre aplazar la ejecucion para una próxima conferencia. La peste invadió tambien aquel año la ciudad de Córdoba. La corte se trasladó temprano á Aragon, para pasar el invierno en Zaragoza, donde se ocuparon tambien de Colon por un momento, y le llamaron á ella; porque una anotacion marginal en una cuenta, del 15 de octubre de 1487, demuestra que en aquella capital cobró otra indemnizacion de cuatro mil maravedis.

El año siguiente pasólo casi todo Colon ocupado en inútiles instancias y alimentando esperanzas siempre fallidas.

(1) «Desde entonces le miraron los Reyes con agrado.»—Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*, cap. cxviii. Ms.

(2) «En dicho día (5 de mayo 1487) di á Cristóbal Colomo, *extranjero*, tres mil maravedis que está haciendo algunas cosas cumplideras al servicio de sus Altezas.»—*Docum. diplom.*, núm. xi.—Simancas.

(3) «Dí á Cristóbal Colomo cuatro mil maravedis para ir al Real.»—*Ibidem*.

Sin embargo, sólo dependia de él la final ejecucion de su plan, y la obtencion del premio que él se arrogaba por su descubrimiento. El rey Juan II, el único portugués que supo adivinar su genio, habia hecho proseguir hábilmente sus negociaciones con él. Como hubiese expresado indudablemente Colon en su respuesta, y para motivar su negativa, el temor de que una vez en poder del monarca, tomaran los consejeros algun pretexto para atentar contra su libertad, envióle el rey un mensaje, fechado el 20 de marzo, junto con un salvo-conducto. El sobre de la carta decia textualmente: «Á Cristóbal Colon, nuestro particular amigo, en Sevilla (1).» Colon, empero, no obstante su penuria, su impaciencia y sus años, continuó inquebrantable en su negativa.

Los reyes habian salido de Zaragoza en la primavera, para intentar un ataque imprevisto contra los moros. Durante el verano llamaron á Colon á la corte, segun se deduce de una cantidad de tres mil maravedis que cobró por su orden, el día 16 de junio de 1488 (2). Fijaron su cuartel de invierno en Valladolid que abandonaron desde el mes de febrero por la industriosa ciudad de Medina del Campo, donde querian recibir la embajada que les enviaba el rey Enrique VII deseoso de contraer alianza con ellos. Á primeros de mayo fueron á Córdoba. Entónces les pareció que debia finalmente examinarse con formalidad el proyecto de Colon.

Una orden fechada en Córdoba, el 12 de mayo de 1489, encargó á la municipalidad de Sevilla que preparara una habitacion gratuita para Cristóbal Colon, llamado á la corte para el servicio de los Reyes (3).

No obstante, sobrevino todavia otro obstáculo.

Estaba resuelto el sitio de Baza. Era necesario, sin perder un sólo día de la buena estacion, tomar aquella plaza, una de las más fuertes que tenian los moros. Otra vez quedó en suspenso el proyecto de Colon. Fortificado continuamente en la fe, la resignacion de ese valeroso cristiano corria parejas con la insistencia casi fatal de las causas que diferian continuamente su empresa; pero no se sabe que en tan desesperada situacion haya exhalado una queja, ni demostrado la menor impaciencia.

(1) «A Cristovam Colon noso especial amigo en Sevilla.»—*Orig. en el archivo del duque de Veraguas*.

(2) «En 16 de junio de 1488 di á Cristóbal Colomo tres mil maravedis por cédula de sus Altezas.»—*Libro de cuentas de Francisco González de Sevilla*.—Simancas, *Docum. diplom.*, núm. xi.

(3) *En el archivo del Ayuntamiento de Sevilla. lib. III, de Cartas Reales*.—*Docum. diplom.*, núm. iv.

## § III.

El sitio de Baza no era una simple combinacion estratégica; contenía la penúltima palabra de la Cruzada. De su éxito iba á depender la suerte de los moros en España. Colon empuñó su espada y se fué al campamento.

Allí, en las filas subalternas, se sacrificó en silencio, y sirvió con tanto valor como humildad (1) la causa de la Cruz. Hasta parece que dió excelentes consejos acerca de las operaciones del sitio; pero su falta de fortuna, su calidad de extranjero y de marino no eran la mejor recomendacion para que el Consejo del rey los aprovechara. Diversos fracasos experimentados al principio de la campaña, y lluvias torrenciales unidas á las enfermedades multiplicadas por la escasez de víveres, disgustaron á los principales guerreros. Pedíanle al rey que levantara el sitio por temor de un desastre; pero, ántes de decidirse á ello, consultó á la reina, que se hallaba entónces en Jaen. Impidiósele Isabel, prometiéndole suministrar hombres, dinero, víveres y municiones. Empeñó desde luégo en Barcelona y Valencia sus joyas, su vajilla de oro y plata: convirtióse en abastecedora general del ejército, por no haber querido nadie aceptar esta comision, tanto por el mal estado de los caminos como por el peligro de las emboscadas de los moros. Regimentó seis mil gastadores para reparar los caminos, construir puentes, y arrastrar la artillería pesada; alquiló catorce mil mulos, y organizó, bajo la proteccion de escoltas, un servicio regular de trasportcs que llevó á las tiendas del campamento la abundancia y la esperanza. Á fin de estimular el ardor cristiano, envió al campamento dos franciscanos llegados de Tierra Santa, encargados de un mensaje amenazador del Soldan de Egipto.

A pesar de las conmovedoras narraciones de aquellos religiosos, el sitio se iba prolongando. Había vacilacion en el ataque é incoherencia en las órdenes. Faltaba unidad y vigor. Comprendiólo Isabel y se fué al campamento. Sin decirlo, tomó el mando del ejército. La presencia de ese gran general cambió el aspecto de las cosas. Operóse una reforma repentina en las costumbres de los sitiadores. Desde entónces ya no hubo más quejas personales, ni incertidumbres, ni conflictos. Multiplicáronse los trabajos de sitio, estrecháronse las paralelas; fué más vigilante la guarda de las trincheras, y el ataque más regular y continuo. Ni noche ni día se pasó ya una hora sin que la artillería batiera las murallas de la plaza dificultando

(1) Diego Ortiz de Zúñiga, *Annales eclesiásticos y seculares de Sevilla*, lib. XII, pág. 404.

ó impidiendo los trabajos de reparacion. Así es que, desalentados los moros por aquella actividad desconocida todavía en los sitios, comprendiendo la inutilidad de una resistencia más larga, se resolvieron á capitular.

Este buen resultado debido á la táctica de la reina, asombró á todos los guerreros. El valiente Hernando del Pulgar, que había expuesto muchas veces su vida durante aquel sitio, al hablar de esa influencia de Isabel, maravillosa hasta parecer una exageracion poética, dice que habla de ello como quien lo ha visto; pone á Dios por testigo de su veracidad, y apela al testimonio de sus compañeros de armas (1).

La rendicion de Baza, sembrando el terror en todo el islamismo, colmó de alegría á la España cristiana. Sevilla preparó una magnífica recepcion á los dos reyes, que entraron triunfalmente en ella. Colon vió sucederse unas á otras las fiestas, y que unos regocijos, mortales para él, alejaban todavía más la continuacion de las conferencias que más de dos años había que esperaba.

Apénas repuestos los reyes de la fatiga del largo sitio y concluidos los regocijos del triunfo, absorbió su atencion una negociacion de matrimonio para su hija mayor, la infanta Isabel, con el infante don Alonso, heredero presunto de la corona de Portugal.

Nuevas fiestas precedieron á la union de los dos infantes, verificada en abril de 1491. Nuevos esplendores acompañaron y siguieron á esta ceremonia. La sucesion de los placeres y solemnidades parecía interminable. Los banquetes, las carreras de caballos, los bailes de trajes, las marchas nocturnas á la luz de antorchas, absorbían la vida de la Corte y deseaban la intempestiva gravedad de las discusiones científicas. ¡De cuánta paciencia debió armarse Cristóbal Colon!

Antes de la vuelta del invierno fué imposible volver á hablar del proyecto discutido en Salamanca. No obstante, aún no estaba redactado el informe que la Junta debía entregar á los reyes. Sabiendo muy bien Colon que la reina no descansaría hasta que Granada estuviera bajo el dominio de la Cruz, no quería esperar los preparativos de una nueva guerra. Reunió los esfuerzos de cuantos le apreciaban, y logró que la Junta diera dictámen definitivo acerca de su proyecto.

El obispo de Ávila, Fernando de Talavera, presidió nuevamente aquella reunion. Su opinion no había cambiado. Todos los miembros de la Junta declararon unánimemente que aquel proyecto se fundaba en una base falsa é imaginaria; afirmando su autor como verdad, lo que era IMPOSIBLE (2).

(1) «Y porque fuimos presentes y lo vimos, testificamos verdad ante Dios que lo sabe, y delante de los hombres que lo vieron, que despues del día que esta reyna entró en el real, pareció que, etc.»—Hernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, parte tercera, capit. cxxi.

(2) «Y que todos ellos acordaron que era imposible ser verdad lo que el dicho decia.»—Testimonio del Doctor Rodrigo Maldonado en el interrogatorio 15.º de la informacion.—Suplem. prim. á la *Coleccion diplomática*.

A pesar de estas tristes conclusiones, la reina no abandonaba el proyecto. Su genio no condenaba al de Colon. Sin embargo, como la guerra que iba á llevar á Granada ocasionaba gastos enormes, Fernando de Talavera estuvo encargado de decirle que lo exhausto del tesoro privaba á la reina de pensar actualmente en su empresa; pero que luégo de terminada la guerra, se proseguiría el exámen de su proposicion.

Despues de tantos años de sumisa expectacion, de perseverantes diligencias, de esperanzas fallidas, semejante respuesta hubiera abatido á toda persona que no fuera Colon; pero sufrió con firmeza este nuevo contratiempo acostumbrado como estaba á la indiferencia, á las mofas y desdenes de la soberbia ignorancia. Queriendo absolutamente que se aprovechara de su descubrimiento la España, cuyo celo religioso y carácter caballeresco interesaban sus más íntimas simpatías, propuso su empresa á uno de los más grandes señores de Castilla, el duque de Medina-Sidonia, que poseía una escuadra, puertos y hasta ejércitos. Para librar pocos años ántes á Alhama, que tenian sitiada los moros, habia levantado en sus tierras cuarenta mil peones y cinco mil caballos (1). Los Medina-Sidonia tenian la alta posicion de un soberano. El poder de su fuerza se aumentaba por sus alianzas con las más antiguas casas de España. El parentesco unía su familia, entre otras, á la de la excelentísima señora doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, que fué despues soberana de Francia.

Todo lo que alcanzó de este gran señor, muy ocupado entónces en sus preparativos para la próxima campaña, fué: distinguido recibimiento y promesa de recomendarle á la reina. La misma elevacion de miras de Colon hizo que su plan fuese mirado como una ilusion, y quizas un ardid para alcanzar riquezas. El de Medina-Sidonia desconfió de él, sobre todo porque era extranjero (2).

Entre tanto, un noble llamado Morales, intendente del duque de Medina-Celi, que poseía tambien una poderosa escuadra, empeñó á su señor á que arriesgara la empresa. Recibió Colon una invitacion para que se trasladara al Puerto de Santa Maria, que pertenecía al duque, y allí le esperaba una noble hospitalidad. El duque de Medina-Celi, prendado de la grandeza de carácter de Colon y del atractivo de su conversacion, le otorgó tal confianza, que mandó al punto construir unos buques propios para un viaje de descubrimientos. Despues, ya en el momento de la ejecucion, temiendo que semejante empresa hecha por su propio nombre causara recelos á la reina, pensó en solicitar su autorizacion, á cuyo efecto le escribió desde Rota (3).

(1) John Bigland, *Historia de España*, tom. I, pág. 243.—Edicion francesa.

(2) Lopez de Gomara, *Historia de las Indias*, cap. xv.

(3) «Escribió á su Alteza desde Rota, y respondiome, etc.»—*Documentos diplomáticos*, núm. xiv.

La reina agradeció su deferencia al duque de Medina-Celi, y le suplicó que cediera á la corona aquel armamento, mediante el reintegro de las cantidades ya gastadas, y cuyo pago se efectuaría despues de la guerra. Miétras le manifestaba que no creía gran cosa en el buen éxito de aquel proyecto (1), estaba decidida á ensayarlo. Isabel invitó, pues, al duque de Medina-Celi á que le enviara á Colon. Luégo de su llegada, con aquella delicadeza de tacto que encanta, le confió á los buenos cuidados de Alonso de Quintanilla, cuya nobleza de ánimo, grandeza de miras, y celo católico, merecian tanto la honra de semejante hospitalidad. La reina mandó llamar entónces distintas veces á Colon, hablóle de su plan, y le aseguró que se cumplirían sus deseos terminada la guerra. Pero, ¿cuándo terminaría esta? Todos los moros de España veian en Granada su último baluarte. Su defensa preparada con mucha anterioridad prometía ser desesperada. ¿El diferir la empresa para la terminacion de la guerra, no equivalía á un aplazamiento indefinido?

Colon cesó de insistir recordando en su imaginacion los plazos, las negativas, las mofas, las sospechas, los desaires, los viajes, las antesalas que habia soportado silenciosamente, viendo gastarse su vida penosamente de esta manera y en vano para la realizacion de su obra. España, ciega y sorda á sus propios intereses, ingrata á su constante abnegacion, iba á quedar, en vista de tal obstinacion, desheredada por la Providencia de las grandezas que le estaban destinadas. Lleno de indignacion el pecho, rebosando amargura el corazon, y sacudiendo el polvo de sus piés, se alejó de aquella corte en la que su paciencia habia contado uno por uno tan diversos dolores, decidido á trasladarse inmediatamente á Francia, á fin de tratar con su rey, á quien acababa de dirigir su proposicion.

Ya cuando se fué de Lisboa, previendo el caso de que España desechara sus ofrecimientos, para economizar el tiempo, habia Colon enviado á su hermano, el piloto Bartolomé, á proponer en su nombre la empresa al rey de Inglaterra. Desde entónces estaba sin noticias de su viaje. Así que habia resuelto no llevar adelante la negociacion, que él creía entablada ya en Lóndres, sino despues de la formal negativa del reino cristianísimo.

Ántes de salir de España, quizas para siempre, queria llevar á Córdoba, á casa de su mujer doña Beatriz Enriquez, al jóven Diego, al hijo de su primer matrimonio, que habia quedado en el convento de la Rábida encargado al digno Juan Perez de Marchena que le educaba caritativamente.

Llegó pues al convento de la Rábida.

(1) «Que no tenia este negocio por muy cierto; pero que si acertase que su Alteza me haria merced, etc.»—*Carta escrita de Cogolludo, el 19 de marzo de 1493, por el duque de Medina-Celi al gran Cardenal de España.*—Orig. En el archiv. de Simancas.